

ISLAS ERRANTES

20 años de Poesía
en la Fundación Antonio Gala

Edición de Ben Clark
Prólogo de Antonio Muñoz Molina

Gonzalo Escarpa · José Martínez Ros · Javier Vela ·
Ángela Álvarez Sáez · Verónica Aranda ·
Javier Vicedo Alós · David Leo García · Cristian Alcaraz ·
Alberto Guirao · Raquel Vázquez ·
Javier Temprado Blanquer · Sara Torres ·
Sergio Navarro · Luciana Jazmín Coronado ·
Carla Nyman · Juan Domingo Aguilar ·
Estefanía Arista · Juan de Beatriz ·
Miguel Sánchez Santamaría · Violeta Font



JUANCABALLOS DE POESÍA

«Dame una palabra»

Antonio Muñoz Molina

ES ASOMBROSO que la poesía nunca deje de escribirse: o de decirse en voz alta, o recitarse de memoria, o de surgir de golpe en ese instante supremo de plenitud de la atención representado por el gong en un monasterio budista. Es asombroso que siga habiendo gente que escucha la llamada de la poesía y que se decida a seguirla, a perseverar en ella, sabiendo que la recompensa, si alguna llega, será siempre modesta, que el número de los lectores será limitado, por no hablar del dictamen irrefutable que dejó Borges en uno de sus poemas más breves y más amargos, el dedicado «a un poeta menor»:

El destino común es el olvido.

Yo he llegado antes.

En algo se parece el poeta al músico de jazz: hace algo que requiere mucho esfuerzo y que va a depararle muchos momentos de exaltación íntima, o de comunión casi secreta, pero que difícilmente le dará algo de brillo, y desde luego apenas le dará para comer. Y además está esa mundanidad enrarecida que suele respirarse en las provincias diversas de la literatura, el espectáculo penoso de las arrogancias y las vanidades, los sórdidos escalafones de tan escasa altura y tan encarnizada competencia, la sospecha de las corruptelas, la evidencia de la injusticia, la monotonía de lo previsible y lo establecido, la negligencia que muchas veces aguarda a lo mejor, el papanatismo de la moda...

Y sin embargo el caudal de la poesía no se extingue nunca. Está en los testimonios más antiguos de la escritura y en la huella inmemorial de las tradiciones orales. Surge en los trabajos y en las penalidades de los pobres y en el confort ilustrado de la máxima holgazanería. La poesía sopla donde

quiere. Está en las edades remotas de la humanidad y en el primer dominio que adquiere un niño de su idioma materno. Está en los cantos de trabajo y en los cantos de iglesia, en el fervor de la rebeldía pública y en el de las rebeliones y las celebraciones secretas. En cualquier momento poesía eres tú: poesía son las estrofas telegráficas de Emily Dickinson y la marea formidable de los versículos de Walt Whitman. Poesía es la dicción cotidiana y como distraída de Frank O'Hara y la rigurosa oscuridad de Wallace Stevens. En la poesía, como en todo, existe la manía de poner puertas al campo, de definir lo que sí y lo que no, de proclamar ortodoxias y denunciar herejías. Decía Henry James que la casa de la ficción tiene muchas ventanas: la casa de la poesía tiene más aún, y todas están abiertas siempre, y también tiene azoteas, miradores, sótanos, puertas que se abren a las dependencias del infierno. La poesía es tan inesperada, tan irremediable cuando sucede, que a mí siempre me sorprende que haya poetas que se llaman a sí mismo poetas con tanta seguridad. «Nadie se dedica a la poesía», dijo Lezama Lima. En la poesía ocurre algo muy parecido a lo que ocurre muchas veces en la escritura narrativa, que lo mejor llega de pronto y por sorpresa, y que uno no acaba de saber de dónde ni por qué caminos ha venido, por qué ha parecido surgir no de la conciencia sino de las manos que escriben, sobre un papel o sobre un teclado, eso da lo mismo, o ni siquiera eso, lo que surge de golpe en la imaginación, la primera frase de un libro, por ejemplo, que contiene todas las demás, tan contundente y prometedora como el primer verso de un poema.

Por debajo de la singularidad extraordinaria de cada una de las voces reunidas en esta antología, lo que a mí me asombra, y me alegra, es la unanimidad del impulso poético, el viento casi impersonal de una incandescencia que a mí no me da ningún reparo llamar inspiración. Son voces, desde luego, y no ecos, lo que «escucho con mis ojos», por nombrar a uno más de los grandes. Son voces dedicadas, como

se dice en uno de los poemas, a la «vieja tarea de glosar el asombro»; o ni siquiera eso: de nombrarlo. A la tarea milenaria de nombrar el mundo que le corresponde a la poesía al menos desde los tiempos de Adán. Cada uno tiene su propia voz irreductible, pero todas ellas, mezcladas en la antología, adquieren sin necesidad de premeditación un esplendor polifónico. Joyce decía de su «Ulysses» que imaginaba esa novela como una gran enciclopedia. Algo enciclopédico hay en la conjunción de estos nombres y de estos poemas, un abarcar generoso y hasta temerario de todos los aspectos del mundo y de la experiencia de la vida, y también la de la muerte, y la de la enfermedad, y el deseo, y el miedo, todo lo que nos hace humanos, la tarea de Orfeo y al de los chamanes antiguos a cuyo linaje sin duda él pertenecía, el empeño de que cada palabra esté máximamente cargada de sentido, incadescente, «in white heat», como dice Emily Dickinson.

En tiempos de distracciones incesantes, la poesía exige una concentración absoluta, en quien la hace y quien la lee, un pesar y elegir cada palabra; en tiempos en que el idioma está abaratado y envilecido por la palabrería política o comercial o ideológica, la poesía lo depura y le devuelve su limpieza, lo filtra igual que las ostras que mantienen limpias las aguas en la bahía del río Hudson. Cada poeta, hombre o mujer, escribe desde lo más hondo de sí mismo, y también obedece leyes universales que lo vinculan a una gran fraternidad nunca interrumpida, nunca limitada por fronteras. La dificultad de la poesía es la de su exactitud: cada poema crea su propia ley, y el lector la obedece al hacerla suya. En esta antología hay citas y hay resonancias, porque la poesía está en permanente conversación consigo misma, pero no hay, y eso es admirable, mimetismos ni ecos dóciles, ni aspavientos para estar a la moda. «Dame una palabra y te daré el mundo», dice uno de los poemas que forman la extraña unidad de este libro: es la promesa y el desafío que contiene siempre la poesía.